

Lion

Albores de una
santa

~~D. G.~~

D.^a F. G. L.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LOS ALBORES

DE

UNA SANTA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO

original de

G^a
S.
=

Sor F. G. L.

RELIGIOSA DEL CONVENTO DE DOMINICAS

DE SANTA ROSA DE ZARAGOZA



ZARAGOZA

Establecimiento Tipográfico de «La Derecha»

1890

*Con censura y aprobación de la
autoridad eclesiástica.*

Los albores de una Santa

PERSONAJES

ACTORES

ROSA DE LIMA.	Laura Guillén.
FERNANDO, hermano de la anterior.	M. ^a Cruz Duerto.
RICARDO, amigo del anterior, de 11 años.	Catalina Monserrat
ELISA.) CRISTINA.) hermanas de Ricardo	Apolonia Sebastián. Pilar Monserrat.
LUISA, de 14 años.	Manuela Montesa.
D. ^a PILAR, madre de Luisa, de 38 años.	Pilar Carcavilla.
D. ^a MARGARITA, directora del Colegio, de 36 años.	Isabel Repollés.
MARIA, amiga de Luisa, después Humildad, de 15 años.	Ana Calvo.
VANIDAD, de 14 años.	Patrocinio Marín.
Una criada.	Ascensión Gavin.
Educandas.	

ACTO PRIMERO

Gabinete modesto.

ESCENA PRIMERA

(Luisa y María La primera colocándose una guirnalda en la cabeza, delante de un espejo. La segunda sentada no muy lejos)

LUISA. ¡Qué bien hace este prendido
 entre mis rubios cabellos!
 ¡Qué lindos estarán ellos
 sobre mi blanco vestido!
 ¡Y qué buena es esta edad
 en que como ves, María,
 trueco la monotonía
 por hermosa variedad!
 Al uniforme sencillo
 suceden vistosos trajes,
 flores y joyas y encajes,
 todo de hermosura y brillo.
 Reemplazan á las lecciones
 los teatros y el paseo,
 y al insípido recreo
 las amenas reuniones.
 (A María que la escucha en silencio y con la cabeza baja)
 ¿Qué tienes? *(yendo hacia ella)*
 Ya caigo en ello.

(Le levanta la cabeza y la contempla un instante en silencio. María procura ocultar el rostro entre el pañuelo).

 ¡Lágrimas!... Déjame verlas.
 ¡A callar! No quiero perlas
 como no sea en tu cuello.
 ¿Querrías salir también
 y por eso tal vez lloras?

- MÁS no, si tú á todas horas
dices que aquí estás muy bien.
- MARÍA. ¡Oh! no, no es ese, amiguita,
el motivo de mi llanto.
- LUISA. Dilo, pues, ¡lo siento tanto!... (*mirando á la puerta*)
¡Adiós! ¡Doña Margarita!
viene V. en bella ocasión.
¡Ay! ¡Jesús! ¿qué va á decir?
Y esto no quiere salir... (*refiriéndose á la guirnalda*)
Aunque sea de un tirón.
(*arrancándosela violentamente y ocultándola rápidamente*)

ESCENA II

(*Dichos. Margarita*)

- MARGARITA ¿Qué esto? ¿Qué ha sucedido?
¡Vaya unas caras bonitas!
Si fueseis más pequeñitas...
Parece que habeis reñido.
Luisa triste y despeinada,
triste y llorosa María...
Vamos á ver, hija mía,
¿qué te tiene disgustada?
- MARÍA. No es más que una tontería.
- MARG. Luisa sé más obediente.
¿Qué ha pasado?
- LUISA. Formalmente
no lo sé, señora mía.
Estaba yo entretenida
hablando con ella, cuando
miro, y al verla llorando,
claro es, me puse afligida.
- MARG. ¿Hablabais de cosas tristes?
- LUISA. Por el contrario, señora,
no tengo yo humor ahora
sino es para contar chistes.
- MARG. ¿Acaso de tu salida?
- LUISA. De eso charlaba, cabal,
y entonces, es natural,
una amiga tan querida.....
- MARG. Marchad las dos á estudiar.
- MARÍA. Hasta después.
- LUISA. ¿Y el prendido? (*ap.*)

lo tengo bien merecido
 mas si lo llega á encontrar..... (*Vánse las dos*)

ESCENA III

(*Margarita, sola*)

Salve, edad encantadora
 en que inconsecuentemente
 ya se rie locamente,
 ya amargamente se llora.
 ¡Tiempo alegre que has volado
 para nunca mas volver!

(*Se sienta y vuelve á levantarse al notar que lo ha hecho encima de una guirnalda.*)

¿Dónde me he sentado? ¿A ver?
 ¡Flores! ¿Quién las ha dejado?
 Es un precioso prendido,
 pero, á qué fin está aquí?
 Si no es que Luisita.....: sí,
 ya todo lo he comprendido.
 Su madre, condescendiendo
 con sus locas pretensiones,
 á bailes y reuniones
 la llevará, lo estoy viendo.
 Y ella en su impaciencia ardiente,
 pasa el tiempo en ensayarse
 en el modo de adornarse
 con mil dijes, vanamente.
 Quizá por esto llorase
 su buena amiga María.
 ¡Ah! Yo también lloraría
 si el llorar lo remediase.
 Una niña tan piadosa,
 de tan bellos sentimientos
 con dinero, con talentos,
 instruída, bondadosa...
 Mas en fin, sus quince años,
 píntanlo todo rosado.
 La experiencia se ha comprado
 siempre con mil desengaños.
 (*paseando por la sala impaciente*)
 ¡Oh! Dios mío, qué dolor
 no tendría el jardinero

que en su estufa, por Enero
 cuidase una hermosa flor,
 si una mano caprichosa
 de su tallo la arrancase
 y á la mañana encontrase
 seca ya, la flor preciosa? (*pausa*)
 Esas niñas, flores bellas,
 mantíenenme siempre alerta:
 pienso en ellas si despierta
 y mis sueños son con ellas,
 y á tus pies en oración
 mi plegaria es siempre igual.
 Libra ¡oh Dios! de todo mal
 su inocente corazón.

.
 Luisa, si, su ingenuidad
 paseara y su inocencia...
 ¡Maldita condescendencia!
 ¡Maldita debilidad!
 Pobre madre, aunque bien justo.
 ¡Cuánto llorarás un día
 esa débil cobardía
 que hoy te impele á darle gusto!
 Pero... no, la vanidad
 no ha de robar tal tesoro;
 es su corazón de oro
 y á propósito su edad,
 y ó muy poco he de poder
 ó la aparto de esas sendas,
 y cuando tú lo comprendas
 me lo habrás de agradecer.

.
 Siempre encuentro en la oración
 y en estos libros piadosos
 auxiliares poderosos
 y consuelo en la aflicción.
 Veamos si ahora también
 me inspiran alguna cosa.
 (*toma uno, se sienta y lo hojea*)
 La vida de Santa Rosa, (*leyendo*)
 virgen limeña, está bien.

.
 ¡Qué vida! Yo me confundo.

¡Cuidado que en sus albores
dió esta Santa resplandores
que aun iluminan al mundo.

.
Un suceso muy bonito.
¡Qué amor á ser despreciada!
Mi ilusión realizada, (*con alegría*)
ve aquí lo que necesito.

(*sigue leyendo por algunos momentos*)
CRIADA. (*sin pasar de la puerta*) Señorita, la mamá
de la señorita Luisa;
quiere hablarle y va de prisa

MARIA. Di que pase
CRIADA. Bien está (*vase*)
MARÍA. Por cierto viene en buena hora
así me aseguraré.

ESCENA IV

(Margarita, Luisa, Doña Pilar)

PILAR. Buen día ¿cómo está V.?
MARG. Perfectamente, señora.
¿Viene V. á ver á Luisita?
PILAR. Así es ¿qué vamos á hacer?
Ahora ya, poco quehacer
le dará esta señorita.
MARG. En caso á V., aunque infiero
que más bien le ayudará.
PILAR. Sí, que al hacerlo será
mi consuelo como espero.
MARG. Con que, ¿cuándo es la salida?
PILAR. Mi deseo, la verdad,
es pasar Natividad
la familia reunida.
MARG. Son reuniones muy bellas.
Su felicidad infiero,
pero... yo también las quiero
más de lo que creen ellas.
Así mi placer sería
el que V. me complaciese
y á Luisita permitiese
pasar aquí tan gran día.
Los años que la he tenido

- conmigo bajo este techo
 me dan, señora, un derecho
 que debe ser atendido.
 Las niñas harán funciones
 y querrán también que asista...
- PILAR. Sea pues; no hay quien resista
 á tantas invitaciones.
- LUISA. Pero te olvidas, mamá,
 de que en ese mismo día
 he de ir...
- PILAR. Verdad, hija mía,
 lo había olvidado ya.
 Ha días que fué invitada
 á la primera *soirée*...
- MARG. (*aparte*) Tal como me lo pensé.
 No me había dicho nada,
 pero es joven no ha de ser?
 para tales reuniones.
- PILAR. Tienen tantas ilusiones...
- LUISA. Si ya soy una mujer.
- MARG. No, más bien un ángel tierno;
 (*ap.*) ¡cuántos como tú sus alas
 perdieron en esas salas
 antesalas del infierno.
 (*á Luisa*) En fin, aunque sea así
 y te venga el tiempo justo,
 dame ese pequeño gusto,
 pasando la tarde aquí.
 Ya tendrás tiempo de más
 para olvidarme, que yo
 no te detendré.
- LUISA. Eso no;
 olvidar á V., jamás:
 Yo podré ser presumida
 como V. dice, ligera,
 holgazana, cuanto quiera,
 más no desagradecida.
 ¿Cómo olvidar la bondad
 conque de mí se ha ocupado
 teniéndome á su cuidado
 desde mi más tierna edad?
 El día aquí pasaré
 si mi mamá lo consiente.

- PILAR. Con mucho gusto, corriente.
 MARG. Mucho mayor lo tendré.
 LUISA. (*ap.*) Y yo también porque así
 podré lucir mi vestido,
 mis joyas y mi prendido
 antes de salir de aquí.
 MARG. Pues es cosa decidida,
 puedes retirarte ya:
 tengo que hablar con mamá.
 LUISA. (*á su madre*) ¿Quieres que ya me despida?
 PILAR. (*besándola*) Sí, hija mía, hasta otro día.
 LUISA. Expresiones á papá.
 PILAR. Mañana quizá vendrá.
 ¡Ah! dale un beso á María. (*Vase Luisa*).

ESCENA V

(Margarita, Doña Pilar)

- MARG. Pues nos hemos ya quedado
 solas, tome V. asiento
 y escuche este pensamiento
 ó proyecto que he formado. (*Siéntanse las dos*)
 PILAR. Escucho con complacencia.
 MARG. V. si mal no me fundo
 llevará á Luisa al gran mundo
 por mera condescendencia.
 Mas su gusto pervertido
 le dará pronto el pesar
 de encontrar el de su hogar
 demasiado reducido.
 A cruel esclavitud
 con lazos de flores ata
 el placer, y luego mata
 el deber y la virtud.
 Tal es la diversidad
 que existe entre esas dos vidas,
 aunque aparecen unidas
 de familia y sociedad.
 Basta para la primera
 con virtud y religión,
 una mediana instrucción
 con lo cual ella prospera.
 La segunda el lujo ostenta

- y en su estandarte tremola
vanidad, vanidad sola,
con la cual vive contenta.
- PILAR. Esa vida es una plaga,
demasiado bien lo sé.
¡Ay señora! ha puesto V.
el dedo sobre la llaga.
Yo en mi vida frecuenté
el gran mundo, no lo ignora,
y si á Luisa llevo ahora
bien sabe V. el por que.
Ella viendo mi firmeza,
sin poder sacar partido,
á su padre ha convencido
y... hay que bajar la cabeza.
- MARG. Creí que su tierno afecto
sólo por seguir su humor
lo hacía; pero mejor,
mejor para mi proyecto.
Ya se trata solamente
de que Luisa convencida
odie por fin esa vida
que hoy ama tan locamente.
Mas ¿qué podemos hacer
si llamándolas sermones,
escucha las reprensiones
como quien oye llover?
Por esto, preocupada,
ha rato que estoy pensando
corregirla, así jugando,
como quien no dice nada.
- PILAR. Siento mucho no escuchar
(*sacando el reloj y levantándose*)
ese acertado proyecto,
hijo de su tierno afecto,
pues que tengo que marchar.
Mas ya que precisamente
no me puedo detener,
puede V., señora, hacer
lo que crea conveniente.
Tiene V. mucha virtud
y no mediano talento.
Con uno y con otro cuento,

cuenta con mi gratitud.

MARG. Adiós, pues, hasta la vista (*dándole la mano*)
y El nos ayude á las dos.

PILAR. Tiene V. razón; que Dios
con su gracia nos asista. (*Vanse*)

ACTO SEGUNDO

Pequeño escenario de un colegio. Telón

ESCENA PRIMERA

(María, Luisa)

- LUISA. *(fuera del escenario)* Después de tantos misterios me habéis hasta interesado. Como no habéis consentido ni que asistiese á un ensayo..... sin duda por despedida me guardáis algún petardo, una función de Inocentes quizá con algún canasto de los que sin fondo sacan ese día en el Teatro. En fin, tomemos asiento: Esto está bien arreglado; Tenéis un gusto excelente.
- MARÍA. No nos lisonjees tanto que mejor lo tienes tú para arreglarte el peinado y el vestido.
- LUISA. Hasta el presente todavía es muy escaso.
- MARÍA. Y ¿te causa algún placer llevar tanto bartulario?
- LUISA. No des tal nombre á mis joyas, eso está muy ordinario.
- MARÍA. Ojalá lo fuera más con desprecio contemplado y quiera Dios que algún día... Pero va á empezar el acto

- LUISA. y me tengo que vestir.
Ya te admiro de antemano
y aunque tenga que llevar
un par de guantes más anchos
aplaudiéndote he de hacer
estos que llevo, pedazos.
- MARÍA. Muchas gracias. Hasta luego.
(*ap. saliendo*) No codicio tus aplausos;
lo que deseo es que Dios,
ya que pone hoy en mis labios
las frases de la virtud,
de su corazón sagrado
ponga también en tu alma
el convencimiento santo
de que son las vanidades
humo sólo, sólo barro.

ESCENA II

(Luisa, Margarita, una criada y educandas)

- LUISA. ¡Oh María!... yo no sé
qué simpatía, qué encanto
tiene toda su figura
y su acento dulce y franco,
que, aunque más joven, me turba
si me dice en serio algo.
- MARG. (*dirigiéndose hacia donde está Luisa. Ap.*)
¡Ea! si no me equivoco,
ya está Luisita esperando
entre impaciente y curiosa
el prometido aguinaldo.
Como nada ha comprendido
va á llevarse el grande chasco
y ¿si yo me lo llevase...?
Pero no, no será vano
mi deseo de apartarla
de ese mundo sucio y falso.
En su noble corazón,
Dios, por dicha, ha conservado
con el temor del Infierno
del Cielo el deseo santo
y algo haremos
(*á Luisa*) Buenas noches.

- LUISA. Muy buenas. Estoy pensando que han arreglado muy bien nuestro pequeño teatro.
- MARG. *(con suave ironía)* Sencillito, pero en fin como es el último año en que V. con su presencia nos honra.....
- LUISA. Me han obsequiado. Gracias, doña Margarita. El obsequio es delicado y me prueba una vez más que me estima en más que valgo.
- MARG. Sí; mi cariño es tan grande que si estuviera en mi mano, con ambas llenas vertiese sobre tu vida el encanto; no el de la vanidad, pues es un ave de paso.....
- CRIADA. Señora, si le parece... son las nueve menos cuarto... Ya se han vestido las niñas y está todo preparado.
- MARG. Voy en este mismo instante. *(á Luisa)* Te recomiendo el cuidado.
- LUISA. Quedará V. complacida.
- MARG. Pues adiós.
- LUISA. Hasta otro rato.....
- NIÑA. *(desde dentro)* Los albores de una Santa, hoja arrancada á una Rosa que siempre fresca y hermosa el cielo y el mundo encanta. Cuatro frases de la autora
A tí, corazón sencillo,
que cual mariposa el brillo de luz fatal enamora,
mi pobre obrita dedico
pues, que siendo mariposa
has de hallar en esta rosa
néctar perfumado y rico.

(Álzase el telón y aparece un pequeño escenario cuya escena representa un jardín. Salen tres niñas que representan los personajes que se indican y luego las demás.)

ESCENA III

(Fernando, Rosa y María)

- MARÍA. Hermosa tarde por cierto.
(saliendo los tres al jardín)
 Esa lluvia que ha cesado
 aire y cielo ha serenado
 y se está bien en el huerto.
- ROSA. En efecto, en la natura,
 aroma ofrecen las flores,
 canciones los ruiseñores
 y el árbol sombra y frescura.
 La lluvia que impetuosa
 deslustró cuanto le adorna
 en su adorno ya se torna
 tomándola más graciosa.
 Que en las hojas suspendidas
 sus gotas con mil cambiantes
 parecen más bien brillantes
 al ser por el sol heridas.
 Y la tierra, como ves,
 no bien, el agua absorbida,
 alfombra suave y mullida
 les ofrece á nuestros pies.
 Eleva tanta hermosura
 hasta Dios el alma mía.
- FERNANDO. Basta ya de poesía
 y pensemos con cordura;
 pues que tan suave es la alfombra
 y con el sol me achicharro,
 hagamos santos de barro
 de este plátano á la sombra. *(siéntanse)*
- MARÍA. Discurre muy bien
- FER. *(formando una imagen)* ¡Canario!
- ROSA. Qué santo quieres hacer?
- FER. La primerita ha de ser
 una Virgen del Rosario.
 ¿Me doy buena maña?
- MARÍA. Sí,
 pero no seas tontazo,
 el Niño en el otro brazo
 algo más abajo, aquí.

- ROSA. Sin duda estará graciosa.
 FER. Haz el rosario entre tanto
 ROSA. Más recogido ese manto.
 FER. Ajajá, mirad que hermosa.
 MARÍA. Muy bien hecha ¡Qué alegría!
 ¿Me dejas que le dé un beso?
 FER. No puedo consentir eso;
 está tierno todavía.
 ROSA. Si tuviese una peana...
 FER. Pues la tendrá. ¡Ya lo creo!
 ROSA. ¿Dónde está? Yo no la veo.
 FER. *(colocando la imagen sobre los cabellos de Rosa)*
 Los cabellos de mi hermana:
 Con esto no la desdoro.
 Si del lodo me he servido,
 ved qué bien he discurrido
 darle las andas de oro.
 Levántate con cuidado, *(á Rosa)*
 anda un poco *(lo hace)*
 MARÍA. ¡Qué alborozo! *(palmoteando)*
(Cáese la imagen y se rompe)
 FER. ¡Ay nuestro gozo en un pozo,
 Mirad en lo que ha quedado!
 ROSA. Pues, señor, tan satisfecha
 que la llevaba; aunque á fe
 de antemano lo pensé
 porque estaba recién hecha.
 Pero ¡Vaya un sentimiento! *(con acento de pesar)*
 mis cabellos enlodados,
 tan hermosos y rizados
 no me da ningún contento.
 Mira que gracias, Fernando, *(reconviniéndole)*
 haces con tus travesuras.
 FER. *(viendo)* Mujer, ¿por eso te apuras?
 Es que estaba un poco blando,
(poniéndose serio y con aire inspirado)
 pero ya que así te quejas,
 oye y entiende si puedes,
 que son infernales redes
 esas sedosas madejas.
 Lazos que los diablos tienden
 á las almas inocentes,
 y las damás, imprudentes,

ni lo ven ni lo comprenden.
 Los rizan con presunción,
 mas finan tantos cuidados
 en ir á ser abrasados
 al infierno, de cajón.

ROSA. Quién pensara tal cosa,
 que con cuerdas tan delgadas
 pudiesen ser arrastradas
 las almas á tanto mal?
 Trabajos, sudores mil
 costó á Jesús cada alma,
 y ella se pierde con calma
 por una cosa tan vil?

FER. Al Abismo y al Santuario
 van dos sendas diferentes,
 pues si bien las dos pendientes
 es en sentido contrario.
 La senda que va hacia abajo
 es muy suave, ya se ve,
 con poner en ella el pie
 se descende sin trabajo...

ROSA. ¡Oh! qué amargura me queda.
 No me quejaré jamás,
 y aun he de hacer algo más;
 (*ap.*) cortarlos en cuanto pueda.

ESCENA IV

(Dichos. Ricardo)

RICARDO. (*llegando apresuradamente*)
 Buenas tardes. He pensado,
 que aquí debíais estar
 y con gana de jugar
 con vosotros me he pasado.

FER. Ya jugaremos después.
 Ven que te voy á enseñar
 un pato, y lo haré nadar.

RIC. Como quieras, vamos pues. (*vanse*)

ESCENA V

(María y Rosa, que durante la escena anterior habrán estado algo alejadas y como ocupadas en serias reflexiones).

- MARÍA. Niña, ¿qué te haces al sol?
¡Qué criatura más sosa!
¡Ay! Rosa, mejor que rosa
pareces... un ababol.
- ROSA. Me haces sobrado favor
para lo que yo merezco
ya que como espina crezco
mientras la amapola es flor.
- MARÍA. (*ap.*) ¡Dios mío! cuánta humildad!
(*á Rosa*) Perdóname, amiga mía,
no supe lo que decía.
- ROSA. Pues dijiste la verdad,
que si tonta me llamaste,
me pusiste el nombre bien
y aun el de loca también
merecía, y lo olvidaste.
- MARÍA. Vaya ¿quién te va á creer?
Siempre oí en la vecindad:
«Rosita en su tierna edad
es ya toda una mujer.»
- ROSA. (*con amargura*) Sí, si por mujer se entiende
una criatura vana
que por nonadas se afana
y á agradar á Dios no atiende.
- MARÍA. ¿No gusta á Dios la atención
con que estamos en el templo?
Pues muchos toman ejemplo
al mirar tu devoción.
- ROSA. Devoción con vanidad
¿pueden ir juntas las dos,
ni puede agradar á Dios
devoción sin humildad?
- MARÍA. Burlo de tí? No te alteras.
Te insulto y... tienes razón,
esa es tu contestación.
Conque si humilde no fueras...
- ROSA. Y el incidente anterior
¿ya lo quieres olvidar?

Viste á nadie regañar
por tontería mayor?

MARÍA. ¿Lo que pasó cuando el juego?

ROSA. Justo.

MARÍA. Déjalo ya estar
y pelillos á la mar.

ROSA. Más bien pelillos al fuego,
que si por cuatro cabellos
podemos del todo arder,
mejor es, á mi entender,
que se quemem solos ellos.

MARÍA. Es una exageración
lo que tu hermano asegura.

ROSA. Tan sólo la verdad pura;
me lo dice el corazón.

ESCENA VI

(Dichos. Fernando y Ricardo)

FER. Ea, ya estamos aquí
conque basta de charlar
y en el momento á jugar
si os parece.

RIC. Sí.

ROSA. Sí.

MARÍA. Y ¿qué juego preferís?

FER. Que elijáis encuentro justo.

MARÍA. ¿Se trata de darnos gusto?

FER. Pues á saltar si queréis.

FER. A mi se me da un ardite
y ni este ni el otro quiero.

RIC. Pues yo entre todos prefiero
el juego del escondite.

MARÍA. También me gusta.

ROSA. Y á mí.

RIC. Corriente, ¿quién va á pagar?

FER. Yo, pero habéis de gritar
mucho para oiros.

LOS TRES. Sí. (*vanse todos*)

ESCENA VII

(Rosa sale corriendo y ocúltase entre unos arbustos, pero á la vista del público).

¡Oh dicha! en este rincón
 mientras me buscan en vano
 dando á los juegos de mano
 y cualquiera distracción
 puedo ya por la oración,
 sin que nadie me lo impida,
 hablar á quien es mi vida,
 á quien hoy tan fuertemente
 ha iluminado mi mente
 en densas sombras sumida.
 Quién sino vos, ¡Oh Señor!
 vuestro influjo soberano
 hizo hablar así á mi hermano
 para infundirme terror?
 Vos fuistéis y vuestro amor
 el que os movió á tal cosa
 no queriendo que esta Rosa
 con vuestra sangre regada,
 fuese á caer deshojada
 en la llama pavorosa.
 ¡Cómo me parece á mí
 á la luz de esta verdad,
 todo pura vanidad
 fuera del amarte á tí!
 No, no he de salir de aquí
 sin jurarte amor eterno,
 (*apretando sus cabellos*)
 sin que estas redes de infierno
 caigan á mis pies cortadas
 y nos unan ya trocadas
 de amor en el nudo tierno...
 ¡Quererme con vos unir...!
 ¿Cómo así pude pensar?
 ¿No es en vos mucho bajar
 y en mí sobrado subir?
 Mas, ¿cómo podré vivir
 si aprendida esta lección
 no encuentro satisfacción

en ninguna criatura,
 y sí, mi paz y ventura
 en tan desigual unión?
 Vuestra Majestad me aterra
 porque sois inmenso Dios,
 mas por esto podéis vos
 unir el cielo y la tierra.
 Sí, mi corazón se cierra
 para siempre á todo amor;
 consumidlo en el ardor
 de vuestro sagrado pecho
 y quede cenizas hecho
 en su fuego abrasador.
 Pues ¿qué puede el mundo dar
 de verdadero placer
 ya que en todo suele haber
 tanta mezcla de pesar? —
 Y si todo ha de acabar
 en la hora del morir,
 ¿no es mejor por Vos sufrir
 que gozar su dicha leve
 siendo la vida tan breve
 para llorar ó reir?

ESCENA VIII

(ROSA, Maria, Ricardo. Maria y Ricardo llegan al lugar donde estuvieron antes y se sientan cuchicheando entre si).

ROSA. *(tomando una tijera de jardín de junto á un arbusto.
 Cortándose el cabello)*
 Fuera, pues, cuanto apartar
 pueda el alma de su fin.
 Fuera cuanto al mundo ruin
 mi corazón pueda atar,
 que sólo sabrá volar
 estando bien desasido,
 pues si al fin pone su nido
 en el miserable suelo
 aunque llegue al mismo cielo
 bajará de él atraído. *(Quédase como ensimismada un
 rato y luego forma un ramo de flores y hierbas.)*

no la hicieras singular,
pues las niñas sóislo todas.

MARÍA. Muchas gracias, muchas gracias.
Tu cortesía me asombra.

¡Qué caballero tan fino!

RIC. ¡Qué dáma tan regraciosa!

¡Cómo sabe defenderse
y con qué calor lo toma!

Sin duda quiere probarnos
con tanta y tanta parola

que si no es mujer discreta
eslo y no poco, habladora.

Bien que habladora y mujer
quiere decir una cosa.

MARÍA. (*con calor*) Bachilleras, charlatanas...

es injusticia notoria,
sabemos callar y hablar

y todo cuando nos toca.

RIC. Ya lo creo, sois muy *súpias*.

Puedes estar orgullosa
de ser mujer.

MARÍA. Pues lo estoy

que de la mujer es honra

haber nacido de una,

Aquel que eterno se nombra.

Sin la mujer todo el mundo

aun del pecado en la sombra

estuviera y seguiría.

RIC. Mira de lo que blasona

y cómo sabe callar

que Eva fué la pecadora.

¿Por qué se perdió y sus hijos

sino por ser habladora?

Si ella á charlar no empezase

con la serpiente traidora,

no hubiese tenido Dios

que vestirse nuestra ropa.....

FER. Vaya, basta de disputas

y pues fué la causa Rosa

yo quiero dar mi opinión

aunque de cerca me toca.

María decía ha poco

que es mi hermana una gran cosa;

tú la llamas andaluza,
pero si oyes una historia
has de convenir conmigo
en que, si no lo es ahora,
lo será sin duda alguna
á la larga ó á la corta.

RIC. Cuenta.

MARÍA. Cuenta.

Era mi hermana
tan pequeña como hermosa
(pues no tendría tres meses)
cuando sucedió una cosa,
en sentir de todo el mundo,
altamente prodigiosa.

Dormida estaba en su cuna
y junto á la cuna, Ambrosia,
para cantarle y mecerle..

RIC. Ya, y espantarle las moscas.

MARÍA. Tú sí que eres moscardón,
puesto que todo lo estorbas.
(á Fer.) Déjale estar y prosigue
hasta terminar tu historia.

FER. Es el caso, que cubierta
su tierna faz candorosa
tenía con una tela
y la muchacha, curiosa,
alzóla, y ¿qué os parece
que vió?

RIC. La cosa más sosa;
unos ojitos cerrados
y una boquita graciosa
un poco entreabierta, como
quien está papando moscas.

MARÍA. (de mal humor) ¡Dale!

FER. No; vió con asombro
y yo y mi familia toda
el semblante como oculto
por una fragante rosa
y entre los lineamientos
de su tallo y de sus hojas
las facciones de la niña...

MARÍA. Te creo y te escucho absorta.
Mas ¿qué sucedió después?

- FER. Desapareció la rosa
quedando en nuestro sentir
impresas dos más hermosas
en sus mejillas de nieve
y mi madre, medio loca,
tomándola entre sus brazos
así le dijo amorosa:
(Levantándose y alzando con entusiasmo la voz)
Mientras Dios me dara vida,
no has de escuchar de mi boca,
aunque sea aquella larga,
otro nombre que el de Rosa.
- ROSA. *(desde su escondite)* Mi nombre he oido, sí
(alzando la voz) Niños, niños, ¿Me llamáis?
- FER. ¡Calla, chit! *(escuchando todos atentos)*
- ROSA. ¿En dónde estáis?
- MARÍA. Justo, es ella.
(gritando) ¡Por aquí!
- (Rosa se coloca precipitadamente un fichú, que llevará en los hombros, en la cabeza y rodeando de modo que no la vea el público se presenta donde están los demás).*
- ROSA. Aquí estoy.
- RIC. Muy bien venida.
- FER. Cansados ya de buscarte
nos pusimos á esperarte.
¿Dónde estuviste metida?
- ROSA. No lejos de este lugar.
- FER. ¿Qué te pasa? ¿Tienes frío?
¿Qué llevas aquí?
- ROSA. *(aparte)* ¡Dios mío!
cómo poderlo ocultar?
- FER. Aquí hay algo especial.
¡Y por cierto que no es bello! *(Quitándole el fichú)*
- MARÍA. ¡Si se ha cortado el cabello....!
¿Quién te ha aconsejado tal?
- RIC. Por Dios ¡qué barbaridad!
- ROSA. *(á Fer.)* Como tú me lo ensuciaste
con el lodo que me echaste...
- FER. ¿Qué pasó? Di la verdad.
- ROSA. Nada, que yo lo corté.
- RIC. *(burlándose)* He aqui nuestra doctora.
(á María) ¡Ay! que lucida, señora,
por esta vez queda usted.

- ¡Cuidado, qué habilidad!
¡Se lo cortó, como ves,
para limpiarlo después
con mayor comodidad!
- MARÍA. *(á speramente. Ap.)* No te rias, ten prudencia.
- FER. Rosa, ¿quién te aconsejó?
- ROSA. Tú, indirectamente.
- FER. ¿Yo?
- ROSA. Tú, sí, y también mi conciencia.
- FER. Pero vamos ¿cómo fué
que no me puedo acordar?
- ROSA. Tú lo puedes olvidar,
yo jamás lo olvidaré.
- MARÍA. *(llamando un poco aparte á Rosa y Fernando)*
(á Fernando) Recuerdas que cuando el lodo...?
- FER. Sí, sí, ya.
- MARÍA. Pues eso es todo.
(á Rosa) He adivinado ó no?
(Rosa hace una afirmación con la cabeza)
- FER. ¡Pues la impresión no fué poca!
Si no debí decir nada.
- ROSA. Es que también fuí alumbrada
de quien las puso en tu boca,
que sólo pudo ser Dios.
- RIC. ¿Qué es eso tanto charlar?
- MARÍA. Nada, déjanos estar.
- ROSA. ¡Chist! disimulad los dos.
- FER. ¿Vistéis apuro mayor?
La mamá te va á reñir
y todos se han de reir
de verte.
- ROSA. Tanto mejor.
- RIC. Pues que tienes tantas ganas
de dar, Rosa, que reir,
yo se les voy á decir
al momento á mis hermanas
(Hace como que se va, pero María le coge por el brazo)
- MARÍA. No hagas tal, créeme á mi,
ya sabes lo que ellas son.
- RIC. Que sí.
- MARÍA. No, por compasión.

ESCENA X

(Dichos y Elisa y Cristina que se presentan de improviso).

- RIC. ¡Ay que bien! Ya están aquí.
Mirad que cosa tan mona.
(á sus hermanas señalando á Rosa)
¿No es verdad que está graciosa?
Desde hoy llamemos á Rosa,
nosotros tres, la pelona.
- CRIST. Parece un muchacho.
- ELISA. ¡Vaya!
- MARÍA. ¿Quién puede verla sin risa?
Silencio, silencio, Elisa,
esto ya pasa de la raya.
¡Os parece que no siente,
ó bien os sirve de excusa
este silencio que acusa
más vuestra broma imprudente?
- RIC. Reid, reid, no hagáis caso
que por mucho que riais
más lo haréis cuando sepáis
lo gracioso de este paso.
Porque Fernando su hermano
con lodo se lo ensució,
(*se interrumpe como si la risa no le dejase continuar*)
Rosa el pelo se cortó
para limpiarlo en la mano.
- FER. ¿Quién te contó tal tontada?
- RIC. Quien calla otorga. Porque
cuando el caso así expliqué....?
- FER. (*interrumpiéndole con mal humor*)
Quien calla no dice nada.
Y no puedo sufrir ya
tantas bromas con paciencia
porque es sobrada exigencia
que á quien en su casa está
venga á insultarle el vecino
y lo tenga que aguantar.
- ROSA. Haz el favor de callar
que dirás un desatino.
- FER. De mi intento no me apartes
por mí, bien se pueden ir.

R1C. si no lo quieren oír
(cogiendo á sus hermanas de la mano, vanse y dice á distancia) Sí,
 á contarle en todas partes.

ESCENA XI

(Rosa, María y Fernando)

FER. *(amenazándole con la mano)*
 Lo pagarás si haces tal.

ROSA. ¡Oh! ¡Que así hable un cristiano!
 Cállate, querido hermano,
 que tus frases me hacen mal.

FER. ¿Y las tuyas?

ROSA. ¡Qué han de hacer!
 Me dan placer y alegría.

FER. ¿Entiendes esto, María?

MARIA. *(sonriéndose con delicada malicia)*
 Un poco creo entender.

FER. *(á Rosa)* Con mucha calma lo tomas.
 ¿Si serás de carne y hueso?

ROSA. *(alargándole la mano, sonriendo)*
 Mira, toma á ver qué es eso.

FER. Aun tienes gana de bromas?

ROSA. *(cambiando de tono y con acento inspirado se adelanta hasta mitad de la escena. Fernando y María permanecen en su sitio contemplándola)*
 Sabe á gloria el perdonar
 las injurias sin querellas,
 ¿qué será gozar por ellas
 la que Dios nos ha de dar?
 Es bella aquí la virtud
 aunque al natural tan dura,
 ¿cómo será la dulzura
 de ejercerla con quietud?
 ¿Hablar en regiones bellas,
 de su encanto á los querubes,
 pisar alfombras de nubes
 recamadas con estrellas?
 ¿Mirar de Dios la beldad,
 gozar su vista sin verlo
 y en fin habitar el cielo
 por toda una eternidad?

- FER. (*ap. á María*) La ira su razón destierra,
pues tiene en este momento
su voz, su rostro y su acento
algo que no es de la tierra.
- MARÍA. Sí, sí, al mirarla tan bella
y que de gloria está hablando
creeríase, Fernando,
que viene ahora mismo de ella.
- ROSA. (*como dándose cuenta de donde está*)
¿Qué decís, habláis de mí?
- FER. Sí, que tu virtud es tanta...
- MARÍA. (*abrazándola*) Que el Señor te quiere santa.
Haz que no quede por tí.

(*Cae el telón*).

(Pequeño intermedio en que Luisa cuchichea con las niñas aunque aparece preocupada).

ESCENA XII

(*Alzase el telón*)

(Luisa, educandas. María cubierta con un manto negro y otra niña que representa la Vanidad, adornada con lujosas galas)

- VANIDAD. (*sentándose*) Descansemos, descansemos
de nuestras grandes tareas.
¡Qué vida mas fatigosa
y mas azarosa lleva
la persona interesante
que por el mundo pasea!
(*se oyen unas pisadas*)
Calla, ¿quién vendrá á estas horas?
¡Qué perfumes de violetas!
Mi enemiga debe ser
La conozco de una legua.
- (*Levantándose y mirando por la parte que viene la Humildad*)
Los ojitos en el suelo,
el rostro con gran modestia
y contando las pisadas.
(*Al público*) Lo dicho, señores, ella.

ESCENA XIII

Dichas y la Humildad

- VAN. ¿A dónde vas?
 HUM. A los cielos
- ¿Y tu?
 VAN. Yo voy á la tierra.
 HUM. No lo extraño, que es tu patria.
 VAN. Pues yo mucho que pretendas
 volar con pingos por alas
 á las celestes esferas.
- HUM. Nunca te convencerás
 que de la Gloria en las puertas
 tengo yo el paso más franco
 que tú en las ricas viviendas.
- VAN. ¿De ir á los cielos blasonas?
 ¿Llamas mi patria á la tierra?
 Pues sabe, necia Humildad,
 que tengo la estirpe excelsa
 pues fué la Gloria la cuna
 de mi madre la Soberbia.
- HUM. Cuna y sepulcro á la vez,
 pues no volvió á entrar en ella.
 ¿Por qué no dices también
 lo que hace ahora?
- VAN. *(como picada)* Veranea.
 HUM. Sí, sí, calor no le falta
 y aguárdate, el que le espera.
 ¡Para ella siempre es verano!
- VAN. ¿Y para tí?
 HUM. Primavera.
 VAN. *(con desprecio y mal humor)*
 Pues márchate con tus flores
 que son bien ruines y feas
 ya que en tus jardines crecen
 tan sólo simples violetas.
- HUM. A la vuelta de mi viaje
 te desmiento si me esperas.
- VAN. Corriente, te aguardaré.
 HUM. ¡Adiós!
 VAN. Abur, y que vuelvas.
 (Vase la Humildad)

ESCENA XIV

(Dichas menos la Humildad)

VAN. Vóime mientras tanto á Lima
 á preparar las exequias
 que se deben hacer hoy
 á nuestra ilustre marquesa.
 No es razón abandonar
 lo poco que de ella queda. (*Vase*)

ESCENA XV

(Aparece la escena del segundo escenario sola por algunos momentos y después aparece la Humildad rebujada en su manto)

HUM. Mi señora Vanidad,
 ¿conque no has dado la vuelta?
 Te voy á esperar un rato
 porque de una vez entiendas
 el poco poder que tienes
 aun sobre la gente necia
 (*Pasados unos momentos viene la Vanidad.*)

ESCENA XVI

(Dichas, la Vanidad. En viéndolas entrar, deja caer la Humildad su manto y aparece con un precioso vestido blanco adornado de violetas é iluminada con luz de bengala. Llevará sobre el manto una corona de piedras preciosas y flores.)

VAN. (*poniéndose las manos en los ojos*)
 ¡Ay qué luz tan esplendente!
 ¡Si casi me deja ciega!
 Ahora empiezo á ver un poco
 ¿Quién sois vos, señora?

HUM. Llega.

VAN. La voz no es desconocida.

HUM. (*apágase la bengala*) Mírame.

VAN. ¡Cielos, es ella!

¡Pues no llevas poco lujo!

¿Quién conocerte pudiera?

HUM. (*Mostrándole la corona*)

Pues soy yo. Mira qué flores.

VAN. No son flores... son estrellas.

¡Qué perfume, qué hermosura,
 qué esplendores, qué riqueza!

Jamás miré cosa tal
 y ni soñarla supiera.
 En cambio vengo de Lima.
 ¡Maldita mi suerte negra!
 Quería hacer los honores
 á una dama muy egregia,
 es decir á su cadáver
 que el alma ya está de fiesta,
 y no he podido encontrar
 ni una rosa, ni una vela,
 ni una persona decente
 que á su entierro asistir quiera.
 ¿Y por qué? Porque se ha muerto
 una escondida doncella
 que debe ser de tu bando
 según las galas que lleva.

HUM. (*sonriendo*) Ves esta bella corona?
 pues es para su cabeza.

VAN. ¿Esto más? ¿Qué es lo que hizo,
 que Dios le da tal preseña?

HUM. Triunfar de tí.

VAN. ¿Cómo? ¿Cuándo?

HUM. De pocos años. Recuerda.
 ¿Ya la tienes olvidada?
 ¡Pues no te dió poca guerra!
 Sino que ya de muy niña
 te venció de tal manera
 que no te has vuelto á atrever
 á meterte en otra empresa.

VAN. Su nombre, su nombre.

HUM. Rosa.

VAN. ¿Rosa? Sí. ¡Maldita sea!
 Un día la quise asir
 de su rubia cabellera
 y ella cortó por lo sano,
 tal como la frase suena.
 Otra vez la coroné
 con flores lindas y frescas
 para poder, como espina,
 entrarme por su cabeza,
 más también con otra espina
 tapó el hueco que yo abriera.

HUM. Ya, teniendo que llevarla

sólo por mera obediencia
 con un alfiler bien grueso
 á fuer de santa y discreta
 en su carne la prendió
 para que no se cayera,
 trocando así su corona
 en horrible penitencia.
 No lo extrañes, Vanidad,
 hubiese sido muy necia
 si por flores tan rüines
 expusiese las eternas.
 Bien supo entender tus mañas
 aun cuando de edad muy tierna.
 ¿Cuáles son?

VAN.
 HUM.

De inmundo reptil,
 crueles y á un tiempo arteras.
 Das abrazos para ahogar,
 fascinas para hacer presa
 y no obstante ser tan vil
 que te arrastras por la tierra,
 mil almas que hasta los cielos
 á veces su vuelo elevan
 engañadas y atraídas
 por tus anchas fauces entran.
 De tu madre el ceño adusto
 á pocos gusta y contenta
 porque aunque aparece hermosa
 bien se echa de ver que es fiera.
 Pero tú eres diferente,
 á todo dulce te prestas,
 te vistes de mil colores
 y tales disfraces llevas,
 que hasta mis pingos te pones
 si así te sale la cuenta.
 Tú principias por muy poco,
 un cabello te contenta,
 pero pasado algún tiempo
 el cabello se hace cuerda
 y la cuerda se convierte
 pronto en férrea cadena
 que arrastra hasta los infiernos
 el alma que tiene presa.
 Es decir que la infelice

que á tus caprichos se presta,
principia por una flor,
un baile, un dije, una tela
y concluye por perder
la fe, el pudor, la conciencia.
Mas como ves, tanta industria
no con todos te aprovecha.
Pero ¿estás de mal humor?
Sosiégate: escucha atenta.
Dices que en mi huerto crecen
tan sólo simples violetas,
pues aun sobre esta corona
quisiera darte mas pruebas
de que hasta el mundo mis flores
admira, quiere y venera.

Oye, y aplícate luego,
si puedes, la moraleja.

(Siéntanse, aunque la Vanidad lo hace de mala gana)

En un hermoso jardín
crecían entrelazadas
varias flores perfumadas
del uno al otro confín.
Coronábalas de luz
el Sol, la Aurora de perlas
pero ¿quién podría verlas
de la noche entre el capúz?

Era un día de verano,
y una dalia con enojos
miró en sus pétalos rojos
un miserable gusano.

¡Vaya, vaya, qué frescura!
¿Por qué entre mis hojas moras?
¿No ves, necio, qué desdoras
mi brillantez y hermosura?

Asi, dura le increpó
y el gusano avergonzado
la flor, por otra, callado
en el momento trocó.

La otra recibiólo bien,
no obstante ser más hermosa
pues le bastaba ser *rosa*
para ser bella también.

Tendió la noche su manto

oscuro como jamás,
 y no admiró nadie más
 de la orgullosa el encanto.
 En cambio la pobre flor
 que dió al gusano posada,
 de luz se miró inundada
 que el gusano, con amor,
 como luciérnaga era,
 el brillo que le quitó
 luego en luz se lo volvió,
 blanca suave y placentera.
 Yendo gentes al jardín,
 como las otras no vieron,
 sólo esta *rosa* cogieron
 y la admiraron sin fin.
 Aunque lo peor del caso
 fué, que á la pobre orgullosa
 por coger á nuestra *rosa*
 la arrollaron á su paso.

VAN. (*Levantándose con ira*)
 ¿Has dicho bastantes veces
 su nombre odioso?

HUM. ¿Te pesa?

Es en efecto esa flor
 la mismita que te piensas,
 la otra, dicho se está,
 tu simpática Marquesa.
 Y en cuanto á la aplicación...

VAN. No puede ser más discreta.

Tú eres el gusano vil,
 tu Rosa la flor modesta
 y en la noche de su muerte
 por tí, tras sí, á todos lleva.

HUM. Sí, sí, ¡pobre Vanidad!
 Mientras tu celo no encuentra
 para obsequiar esa dama
 ni una rosa... ni una vela...
 que aun en el mundo falaz
 Dios desde el cielo no deja
 sin premio á quien bien le sirve,
 sin castigo sus ofensas.

VAN. ¡Ea! ya vuelvo por mí.
 ¿Por esto Humildad, te elevas?

Es verdad* que Lima toda
de tu Rosa se hace lenguas,
pero esto pasa muy pronto
y después nadie se acuerda.
¡Oh! todavía en el mundo
sentado mi imperio queda
y no hay hogar, ni palacio,
ni cabaña, ni vivienda,
donde no se me dé entrada
se me sirva y se me atienda.
¿Ves este hermoso colegio,
asilo de la inocencia?
Pues aquí también impero
(*mirando á Luisa*)
y hay una niña muy buena
que se ha pasado conmigo
desde tus reales.

HUM.

¡Soberbia!

¿Crees que durará mucho?
¿La crees á ella tan necia?
¿Tan enredada la tienes?
¿A tanto tu poder llega?
¿Dices que á Rosa de Lima
olvidarán? ¡Vana idea!

Con su recuerdo yo misma
he de arrancarte esa presa.

VAN.

¡Ja, ja, ja, ja, ja!

HUM.

¿Te ries?

VAN.

De tu peregrina idea.
No se me escapan mis presos
y mucho menos mis *presas*,
pues que si lo hacen algunas
suelen ser feas ó viejas.

HUM.

Rosa era joven y linda.

VAN.

Es una excepción de regla,
y un milagro de los gordos

HUM.

(Con intención y mirando á Luisa)

En ese caso aun le queda
poder á Dios para otros.

(*Luisa abandona su asiento y se precipita en la escena en los brazos de su amiga*).

LUISA.

Muy bien, amiga, y dispensa
que interrumpa tu discurso

- y eche á perder esta escena.
 MARÍA. (*abrazándola*) Por el contrario, querida,
 su final á tí te espera.
 LUISA. Pues bien, tuviste razón;
 sin esperar á ser vieja
 me abrazo con la virtud
 que esta noche representas,
 pues que ya no quiero galas
 (*despojándose de sus adornos y arrojándolos al suelo*)
 como no sean modestas.
 No quiero, no quiero flores,
 que se agostan y se secan,
 sino las que sobre hermosas
 tienen duración eterna.
 HUM. (*sonriendo á Vanidad*)
 ¿Ves? te gané la partida.
 VAN. (*dejando el tono anterior*)
 Y me quedo muy contenta.
 LUISA. Sí; dejando ese papel
 que mal á tu virtud sienta.
 ¿Pero dónde está la autora?
 MARÍA. Es nuestra buena maestra.
 LUISA. ¡Oh! Ya me lo suponía.
 Andad, decidle que venga
 que quiero darle un abrazo
 y de su obra en recompensa
 hacerle en este momento
 la más solemne promesa
 de dejar cuanto en el mundo
 peligro serme pudiera.

ESCENA XVII

(Dichas, educandas que han trabajado que salen como curiosas, y Margarita con la madre de Luisa).

- MARÍA. Hela aquí, no viene sola;
 tu mamá viene con ella.
 MARG. (*sonriéndose*) Vaya una escena graciosa.
 ¿Así los papeles truecas?
 LUISA. No se haga V. la ignorante.
 Se salió V. con su idea,
 y aquí estoy arrepentida
 y entre llorosa y risueña.

- MARG. Si es así, con toda el alma
te damos la enhorabuena.
- LUISA. Y yo las gracias á V.
que de ingeniosa manera
el interés despertando,
ha hecho que escuchase atenta
palabras, que yo sermones
apellidaba ligera.
Conmovida dulcemente
despertaba mi conciencia
y haciendo coro á las frases
que sonaban en la escena,
con ellas me repetía:
¡Oh tonta! ¿Por qué no dejas
ese cabello que un día
convirtiéndose en cadenas
puede arrastrarte al Infierno
donde la pena es eterna?
Si dado ya el primer paso
en esa pendiente senda
del pecado, hasta el abismo
sin detenerte correrías?....
¡Oh! ¡si en tan funesto estado
la muerte te sorprendiera....!
¿No es mejor con Santa Rosa
ser humilde, mansa y buena,
pues es aunque un poco dura
siempre la virtud tan bella?
(á su madre)
Pero callo porque lloras.
¡Cuántas lágrimas de pena
habrán vertido tus ojos
aunque de gozo son estas!
(Besándola)
Permite que con mis besos
las enjугue, madre tierna,
y perdóname tambien.
- D.^a PILAR. Luisa, perdonada quedas.
Y pues el año se acaba,
año nuevo, vida nueva.
(á las niñas)
Y vosotras, igualmente,
sed humildes, sed modestas;

recordad, queridas niñas,
en toda vuestra existencia
que otra vida tras la muerte
es de fe que nos espera.
Ni el talento, ni el dinero,
ni el placer, ni la belleza
puede hacer que nuestra suerte
para siempre feliz sea.
Dios, tan solo, Padre amante,
pero de justicia recta,
es quien la tiene en su mano,
es quien dispone de ella,
y de la virtud tan sólo
para premio la reserva.

LUISA.

Tienes razón, madre mía.
¡Bendita la virtud sea
que da tanto gozo al alma,
tanta paz á la conciencia!
¡Bendita Rosa de Lima
que su camino nos muestra!
¡Benditos los que la siguen!
¡Bendito Dios que la premia!

FIN DEL JUGUETE



7